

La extraordinaria pesadilla del monstruo de encima de la cama

Lidia siempre había temido los monstruos que habitaban bajo el somier de la cama en la que dormía en el pequeño piso que un día le dejó su abuela. Lo cierto es que la suerte nunca había estado de su parte, y tenía varias razones para asustarse de lo intangible.

Sin embargo, era una chica lista, racional, de las que tienen más cerebro que escote y más agallas que fuerzas. No era preciosa pero siempre lucía coqueta. También era un tanto oscura, le gustaban las tormentas, el extraño revoltijo de bolsas y hojas que flotan justo antes de que tengan lugar y el olor a tierra mojada.

Un día, en el cine donde trabajaba, conoció a Joan, un buen chico tan perdido como ella y casi sin darse cuenta, de repente, Lidia estaba esperando a su primera hija.

Eran buenos tiempos, Lidia había alcanzado el clímax y el idilio que siempre había anhelado. Por fin ambos se habían encontrado.

Cuando nació Marina los pilares de la relación empezaron a desmoronarse. Lidia había dejado de trabajar. Joan había dejado de ser el centro de atención en la vida de Lidia. Lidia había ganado algo de peso por el embarazo, y Joan por las noches sin hora de vuelta en el bar de la calle de atrás.

-Todo irá bien, nos queremos mucho. Se mentía Lidia.

Lidia amaba las tormentas y sin embargo, esta vez no la vio venir.

La rutina del beso en la mejilla cada vez que Joan llegaba a casa fue reemplazándose gradualmente por el "¿y mi cena?",

Y el amor por celos,

Y las caricias por insultos,

Y los piropos por amenazas,

Y el carmín por povidona.

Lidia temía tanto los monstruos que había bajo su cama que no vio cómo su principio se convertía en uno.

Las cosas no mejoraban. Marina iba creciendo y aunque Joan hubiese vuelto a ser el centro de la vida de Lidia, nada era igual. Ya no había respeto ni amor, sino miedo. Lidia en parte, aunque lo justificaba, era consciente de ello, y a pesar de que más de una vez se había visto con fuerzas de dejarlo todo atrás, en el portal siempre recordaba cómo podría estar la casa sin ella, o la mala alimentación que podría llevar su querido Joan si faltase. Al final nunca se veía

merecedora de redimirse y cuando Joan llegaba borracho ella no ponía obstáculos para la lucha, ¡había intentado traicionarlo solamente una hora antes!

Lidia amaba las tormentas porque el agua todo lo limpia.

Ella ya no se quería, pero Marina maduraba. Lidia comenzó a verse en los ojos de su hija. Y Marina empezó a entender los ojos de su madre.

Y Lidia recordó que un día tuvo más agallas que fuerzas.

Que ya no tenía nada más que entender allí.

Que antes a veces lograba sonreír.

Que era hora de quemar todos los palos que le había dado la vida.

Que esta vez se podía huir de la mala suerte.

Era lunes.

Y Lidia comprendió que había llegado a ser ceniza.

Y entonces entendió que la ceniza, vuela.

Lidia amaba las tormentas, porque tarde o temprano, se terminan.